



Una nueva aproximación a *Manufacturing Consent* (Manufactura consensuada)

Michael Burawoy*

El 2 de julio de 1974 comencé mi período de 11 meses como operario de maquinarias en Allied Corporation, un seudónimo de la división motores de la multinacional Allis Chalmers. Por una casualidad extraordinaria aterricé en la misma fábrica estudiada por el gran etnógrafo de Chicago, Donald Roy, en 1944-45.¹ *Manufacturing Consent* (Burawoy, 1979) indagaba en los cambios ocurridos durante los 30 años de intervención. En 2004, después de otros 30 años, volví a mi viejo terruño en Harvey, Illinois, en el Sur de Chicago (conocido como South Side).

La planta físicamente seguía estando allí. Sus terrenos estaban cubiertos con maleza, sus edificios arruinados, y tenía un nuevo dueño. En 1975, Allis Chalmers era la mayor empresa estadounidense que producía equipamiento agrícola después de Caterpillar y John Deere. Poco después entró en una difícil situación económica y fue finalmente adquirida por la alemana K-H-Deutz AG en 1985. La división motores en Harvey cerró y fue convertida en un depósito para un fabricante local de tubos de acero –Allied Tubes. Así, en otro giro extraño de la fortuna el alias que le di a Allis Chalmers pasó a ser el nombre de la compañía que la compró. En 1987, Allied Tubes fue a su

vez absorbida por Tyco –el conglomerado internacional plagado de escándalos. Marcando una época, en 2003, los dos ejecutivos de alto nivel de Tyco fueron acusados de fraude con títulos, valores, evasión impositiva y el saqueo de millones de dólares estadounidenses del conglomerado.

Depósitos, conglomerados y saqueo corporativo son tres dimensiones que captan eficazmente la caída de la era Reagan que había comenzado en 1980, cinco años antes de que yo dejara Allis. El Sur de Chicago había sido el hogar de florecientes comunidades étnicas de obreros, notoriamente alrededor de sus plantas siderúrgicas, descritas por Bill Kornblum (en su *Blue Collar Community (Comunidad obrera, 1974)*– un libro que apareció justo cuando yo comenzaba a trabajar en Allis. Toda el área Sur de Chicago se convirtió en una morgue industrial con el cierre de planta tras planta. Allied Tubes era uno de los últimos bastiones. En lugar de un suburbio de la clase trabajadora encontramos un ghetto, mayormente poblado por afroamericanos. Muchos de ellos habían sido evacuados de las festejadas y controvertidas Viviendas Robert Taylor, ubicadas en el Sur de la ciudad. Cuando este proyecto de viviendas se terminó en 1962, se

* Michael Burawoy. Universidad de Berkeley (California), Departamento de Sociología

© Todos los derechos reservados Para citar este artículo utilizar la siguiente referencia electrónica: Michael Burawoy, «*Manufacturing Consent revisited*», Nueva Revista de Trabajo *La nouvelle revue du travail*. [En línea], 1 | 2012, subido el 10 de diciembre de 2012, visto el 12 de junio de 2014. URL : <http://nrt.revues.org/143>

1 La Escuela de Chicago es más celebrada en Francia que en los Estados Unidos. Siguiendo esta tendencia Jean Pierre Brian y Jean-Michel Chapoulie (2006) lanzaron una colección francesa de los escritos de Donald Roy. Es triste decir que no existe colección similar en Inglés.

dijo que era el desarrollo de viviendas públicas más grande de los Estados Unidos. La historia del surgimiento y la caída de las Viviendas Robert Taylor fue descrito detalladamente en *American Project*, libro de Sudhir Venkatesh, año 2000. Las viviendas han sido desmanteladas y convertidas en viviendas de “ingresos mixtos”, mientras que muchos de los antiguos habitantes han sido depositados en los terrenos baldíos de los suburbios del Sur de Chicago, en comunidades como Harvey.

El paisaje de Harvey no es lo que era pero la franja suburbana donde yo solía vivir todavía era reconocible en 2004 a pesar de los carteles de venta de propiedades a precios “muy económicos”, a pesar de los terrenos vacíos, edificios venidos a menos, ventanas rotas, cambios de divisas por préstamos, puntos de venta de comida rápida, carteles de remates, iglesias afroamericanas, y bares venidos a menos. Lo que sucedió en Harvey se difundió en la mayor parte de la zona Sur de Chicago. De hecho, es una historia que puede volver a leerse muchas veces en el cinturón de óxido de los Estados Unidos a medida que las industrias cerraban o viajaban al exterior para ser parcialmente reemplazadas por una economía de servicios y la revolución.com. El Estado negó cualquier responsabilidad en los desplazamientos sociales o económicos, dando lugar a una profundización de las inequidades, la escalada del crimen y la pobreza. Hoy en día es difícil encontrar una oficina de un sindicato en esta tierra central para luchas históricas y heroicas de los trabajadores. Ese es el legado de la era Reagan.

■ **Anclado al pasado: fallas metodológicas de *Manufacturing Consent***

160

No anticipé nada de esto en *Manufacturing Consent*. No le presté atención a la comunidad vecina y en su lugar me focalicé en lo que llamé la organización hegemónica del trabajo como

si fuera el fin de la historia. Por toda mi insistencia en “el método del caso extendido”² y la contextualización del sitio etnográfico, por toda mi crítica al tratamiento que hace Donald Roy sobre el lugar de trabajo como una comunidad cerrada y estable, debo confesar que mi propio estudio sufrió limitaciones similares. Estaba ciego al futuro que ya se abría paso ante mis ojos —no lejos de allí, siderúrgicas estaban cerrando una atrás de la otra. ¿Por qué escaparía la manufactura del mismo destino? No podía ver lo que ocurría alrededor mío, porque estaba anclado al pasado, a explicar las pequeñas transformaciones en la organización del trabajo entre el período en el que Roy estudió la planta en 1944-45 y el período en el que yo estudié la misma planta en 1974-75. Estaba de espaldas al futuro.

La relativa constancia en la organización de la producción entre 1944 y 1974 fue una bendición metodológica. Pero, al focalizarme en la explicación de los pequeños cambios obvié la gran escala y las dramáticas transformaciones del capitalismo durante este período, su destrucción creativa, como lo planteó Joseph Schumpeter. Aún así, no todo estaba perdido, ya que esa misma constancia de la tecnología y el sistema de retribución por unidad sí disimulaban una innovación teórica. Permitted focalizarme en el modo de regular el trabajo, lo que di en llamar los aparatos políticos e ideológicos de la producción, o el régimen de la producción —lo que otros, trabajando con un marco teórico diferente pueden simplemente llamar el patrón de relaciones industriales. Entendí que la transición de 30 años como movimiento en continuo de un régimen despótico a uno hegemónico, de la extracción de esfuerzos a través de la coerción y el miedo a la extracción de esfuerzos a través de la organización del consentimiento era respaldada por la fuerza. Siempre coexisten la coerción y el consentimiento, pero sus proporciones relativas y su articulación cambiaron con el tiempo, ya que la importancia del consentimiento aumentó y la de la coerción disminuyó, siendo que de

2 Desde la publicación de *Manufacturing Consent* (1979) he desarrollado este método etnográfico en una serie de publicaciones compiladas en Burawoy (2009). Véanse también los proyectos colectivos (Burawoy et al. 1991 y 2000).

hecho, la aplicación de la coerción en sí misma se convirtió en objeto de consentimiento. Este cambio en el régimen de producción se expresó en el desarrollo de un mercado de trabajo interno que privilegió la antigüedad de los empleados y, por lo tanto, constituyó a obreros con intereses en la longevidad de la empresa, y en lo que yo llamé el estado interno, cuya maquinaria de reclamos constituyó obreros con derechos y obligaciones y cuyo aparato de negociación colectiva o paritarias coordinó los intereses de los trabajadores y los gerentes. Estas dos instituciones fueron el marco para que el juego de simulaciones fuera más seductor, e incluso más eficaz, para lograr nuestro consentimiento espontáneo a las expectativas gerenciales de producción.

Le atribuí el cambio en el régimen de producción a dos factores externos. Por un lado, Geer Company—como Roy llamó a la vieja empresa Buda—había pasado del sector competitivo de la economía a incorporarse al sector corporativo y con eso se llegó a una fuerza de trabajo más protegida, sentando las bases para un régimen hegemónico basado en el consenso entre clases. Simultáneamente a la movilidad de Buda entre sectores durante los años posteriores a la Segunda Guerra fueron testigos del cambio secular en las relaciones industriales a medida que se institucionalizaba la legislación del *New Deal*, promoviendo los mercados de trabajo internos, la maquinaria de reclamos y la negociación colectiva a través del sector sindicalizado de la industria.

Sin embargo, confundí el régimen hegemónico de producción con una forma eterna y natural, en gran medida porque congelé las fuerzas externas que lo generaron. No vi que aquellas fuerzas externas—mercados y estados—no son fijas sino que son ellas mismas

el producto de procesos sociales que tienen su propia dinámica.³ En primer lugar, no pude ver que los mercados globales rodeaban a los mercados nacionales y que estaban llevando al mercado industrial estadounidense a la ruina. Como muchas otras compañías, Allis Chalmers no pudo seguir compitiendo en el mercado interno o internacional. En segundo lugar, yo no anticipé la ofensiva política contra los obreros, marcada por la elección de Reagan como Presidente. En 1981, controladores aéreos en huelga fueron despedidos por el presidente Reagan y empleados no sindicalizados fueron destinados a reemplazarlos. El ataque a los controladores aéreos y su sindicato—de siglas PATCO, en inglés Professional Air Traffic Controllers Organization—coincidió con los delegados de Reagan a la Dirección Nacional de Relaciones Laborales, dotándola de una mayoría inclinada por la gerencia que legitimó las ofensivas de los empleadores contra los sindicatos.⁴

El doble ataque a los trabajadores—primero mediante los mercados, luego mediante el Estado—transformó el régimen hegemónico de lo que yo había imaginado sería una forma eterna de dominación a un momento fugaz en la historia de los trabajadores en los Estados Unidos. Más que un heraldo del futuro, el régimen hegemónico que identifiqué en 1974 estaba a punto de ser reemplazado por lo que, a primera vista, llamé luego el despotismo hegemónico—un despotismo construido sobre la base de la hegemonía que había dejado a los trabajadores impotentes frente al ataque de la gerencia. Irónicamente, 1974-75 resultó ser un punto de inflexión en la historia de los trabajadores norteamericanos tras el cual los sindicatos sólo perdieron fuerza sostenidamente. La tasa general de sindicalización cayó

3 Las profundizaciones que hizo James Zetka (1994) sobre mi análisis de los regímenes hegemónicos al analizar la transformación no sólo de la intervención estatal sino también la de los mercados dentro de los cuales operaban grandes corporaciones. Señala otra laguna en mi extensión de la planta fabril, esta es la de la necesidad de un análisis más profundo de la cambiante relación de la división motores y la oficina central de Allis Chalmers, el tipo de análisis que Robert Freeland (2001) hizo tan eficazmente para General Motors. Era necesario extender la idea de política de la producción al proceso gerencial del trabajo como hace Vicki Smith (1990) en su análisis de la forma en la que los gerentes se gestionaron a sí mismos y a otros un futuro sin trabajos. Todos estos estudios abrieron procesos sociales detrás de las fuerzas que yo había reificado.

4 Para el relato detallado de la huelga de controladores aéreos de 1981 y las fuerzas que condujeron a ellas, ver McCartin (2011).

del 24% en 1974 al 13% de la fuerza laboral en 2004. En 1974, las tasas de sindicalización en los sectores público y privado eran similares, pero desde entonces se diferencian sostenidamente, llegando en 2004 a un 37% y un 8%, ¡respectivamente!⁵

No sólo fallé en anticipar la transformación de los mercados y los estados y el consiguiente aumento en la presión sobre los trabajadores, sino que también fallé al discernir cuán vulnerables eran los trabajadores por la acción del propio régimen hegemónico. No pude apreciar cómo el régimen plantó las semillas de su propia destrucción. Al atomizar a los trabajadores –forjando ciudadanos industriales– y al ligar los intereses de los trabajadores a los del capital, el régimen hegemónico no sólo menoscabó la oposición de los trabajadores a las esferas gerenciales sino también su capacidad para resistir las ofensivas de los empleadores. Aquí, el error fue la contracara del que yo había cometido con las fuerzas externas. Esto quiere decir que simplemente pasé por alto el proceso social subyacente a las fuerzas externas, y también cómo estos procesos se pueden convertir en fuerzas sociales. Más frecuentemente, pensamos que los procesos sociales se convierten en movimientos sociales –fuerzas positivas que ejercen presión para el cambio. De hecho, esa fue la crítica de Rick Fantasia (1988) a *Manufacturing Consent*. En *Cultures of Solidarity (Culturas de la Solidaridad)*, él mostró cómo se forman los movimientos en las plantas a partir de reclamos, facilitados por las solidaridades emergentes alrededor de la raza o el género o incluso la clase. Mientras que, claro está, hubo muchas luchas espontáneas de este tipo, los registros históricos muestran que en general declinan y que mi perspectiva de lucha decreciente es más adecuada. La atomización y coordinación de los intereses generadas por el régimen hegemónico fueron, por lo tanto, fuerzas sociales negativas, pero fuerzas al fin, que dejaron a

los trabajadores más vulnerables a las ofensivas de los empleadores y disminuyeron la movilización colectiva.

■ Nuevos estudios laborales: las limitaciones teóricas de *Manufacturing Consent*

Las fallas metodológicas están íntimamente relacionadas con las falencias teóricas.⁶ El método de caso extendido requiere de cuatro extensiones: la extensión del observador a la vida del participante, la extensión de las observaciones en el tiempo y el espacio, la extensión de los micro procesos a las fuerzas macro, y, finalmente, subyaciendo e informando a cada una de estas, la extensión de la teoría. En lugar de generar teoría *de novo* desde los cimientos, comenzamos con teoría y la reconstruimos a la luz de anomalías que confrontamos en el campo. Comencé con las teorías marxistas de producción y política, teorías basadas en la separación de la base y la superestructura donde la base es la fuente de una lucha de clases y la superestructura contiene a esa lucha de clases. En mi experiencia, sin embargo, la noción de la producción como fuente de conciencia de clase y el lugar de la lucha de clases fue desafiada en todas partes por trabajadores que no estaban únicamente dedicados a cumplir con las cuotas de producción impuestas por la gerencia. Yo mismo, marxista hasta la médula, no era menos activo ni entusiasta (sí menos competente) en la búsqueda de la simulación.

Mi reconstrucción marxista tomó teorías de superestructura y las aplicó a la base. Así, dentro de la fábrica descubrí algo análogo al “estado de clase popular” de Nico Poulantzas, y los aparatos político e ideológico de Louis Althusser. Basado en mis observaciones y experiencias en Allis, sostuve que las hegemonías política y civil de Gramsci habían nacido en la planta –sin importar lo que sucedía en el Estado y la sociedad civil. En consonancia con

5 Para el análisis de estas tendencias ver Freeman (1988), y Faber y Western (2001, 2002).

6 Una serie superpuesta de falencias fueron asimismo explyadas en una serie de relecturas críticas en Gottfried et al (2001).

la politización de la vida diaria del feminismo y la microfísica del poder de Foucault tematizó la idea de una “política de la producción”. Como muchas innovaciones teóricas, su poder pero también su debilidad, provinieron de su enfoque singular e implacable, su unilateralidad. Al reconstruir las teorías de la producción y la política, dejé intactas las teorías convencionales del Estado, los mercados y la sociedad civil. Quizás uno debería problematizar un asunto a la vez –uno tiene que mantener solo un ojo en el premio–, pero en este caso significó que perdí de vista el dinamismo de las fuerzas externas que engloban a la producción. Reificar esas fuerzas externas, así como subjetivar procesos internos, fue una falencia tanto teórica como empírica.

Entonces, fallé en anticipar la caída de la industria estadounidense, del movimiento sindicalista (al menos en el sector privado), y, por supuesto, del régimen hegemónico de producción. Los errores de predicción, sin embargo, son la sangre que corre por las venas de la ciencia. Estudios subsiguientes compensaron mis falencias al incluir las transformaciones que no pude predecir. El estudio de la manufactura señalaba dos caminos: la ruta superior y la ruta inferior. Por un lado, había discusiones optimistas, como las de Piore y Sabel (1984) *The Second Industrial Divide (La Segunda División Industrial)*, que la producción en masa era reemplazada por la producción especializada, lo que a la vez requería de especialización flexible y de la readecuación de las capacidades de los trabajadores. Por otro lado, la visión pesimista, según fuera expuesta en *Lean and Mean (Duro y eficiente)* 1994, de Bennett Harrison, sólo encontró polarización y un incremento del despotismo en el futuro.

Mientras que algunos autores de los Estados Unidos versaron sobre el destino de los núcleos industriales y las consecuencias de la reindustrialización, otros se volcaron al estudio del sector de servicios. *The Managed Heart (El corazón gerenciado)*, 1983, de Arlie Hochschild –un estudio sobre las azafatas de las aerolíneas– abrió un nuevo campo al examinar la provisión de mano de obra emocional y estimuló una gama de nuevos estudios sobre el trabajo de cuidados. Igualmente importante

fue *Fast Food, Fast Talk (Comida rápida, charla rápida)*, 1993, de Robin Leidner, que se focalizó en relaciones de tres vías, típicas del trabajo en el área de servicios, entre los gerentes, los trabajadores y los consumidores en dos sectores muy diferente –seguros y comidas rápidas. Ambos estudios examinaron nuevas formas de control y resistencia en el lugar de trabajo, pasando por alto la siempre problemática organización del consentimiento. Esta laguna ha sido cubierta recientemente por *Class Acts (Actos de Clase)*, 2007, de Rachel Sherman, donde se estudian los juegos de poder y credibilidad que los trabajadores juegan contra sus clientes en hoteles de lujo, y por *The Labor of Luck (La mano de obra de la suerte)*, 2009, de Jeffrey Sallaz, una etnografía extendida de la industria de los casinos en los Estados Unidos y en Sudáfrica.

Una de las consecuencias de la influencia feminista ha sido la extensión del propio significado del trabajo, desde el trabajo pago hasta el trabajo doméstico no remunerado. Aquí también Hochschild realizó una contribución clásica con *The Second Shift* (1989) –una búsqueda de los mitos y realidades de la división del trabajo doméstico. De ahí, hubo un corto paso a la extensa literatura sobre el trabajo doméstico rentado, estudiado como relación entre empleador y empleado en *Between Women (Entre mujeres)*, 1985 de Judith Rollins a *Doméstica*, de Pierrette Hondagneu Sotelo (2001) y al conmovedor estudio de Raka Ray y Semmin Quayum de 2009 sobre el trabajo doméstico de hombres y mujeres en Calcuta. El estudio del trabajo doméstico establece una estrecha relación con el estudio de los patrones migratorios como en el estudio de Pei-Chia Lan de 2006 sobre mujeres filipinas en Taiwán, la comparación que hace Rachel Parrenas en el 2001 de las trabajadoras domésticas filipinas en Roma y Los Ángeles, y el estudio de Cinzia Solari de empleadas domésticas ucranianas, que contrasta la circulación migratoria hacia Roma con la migración lineal a San Francisco.

El feminismo ya había invadido mucho antes los estudios históricos de la manufactura como en *Gender at Work (Género en el trabajo)*, 1987, de Ruth Milkman, quien le atribuyó el cambio de la línea de género en las industrias

eléctrica y automotriz en los Estados Unidos antes, durante y después de la Segunda Guerra, a dos lógicas de la acumulación del capital. Otros estudiaron plantas del Sur Global donde las mujeres dominaban la fuerza de trabajo. Por su parte, *Gender and the South China Miracle (Género y el milagro de China Austral, 1998)*, de Ching Kwan Lee comparó los regímenes de género en dos plantas fabriles —una en el Sur de China y otra en Hong Kong—, mientras que *Genders in Production (Géneros en producción, 2003)*, de Leslie Salzinger estudió los muy dispares regímenes de género en maquilas ubicadas en la zona fronteriza entre México y Estados Unidos. Más allá de la manufactura, en el sector público también existe una política de género de la producción, como mostró Linda Blum en su análisis de 1991 sobre las lógicas interconectadas y las bases de clase de *affirmative action* (políticas para fomentar la inserción de grupos discriminados) y *comparable worth* (política para establecer igualdad de ingresos para hombres y mujeres).

No todos estos estudios históricos y comparativos están influenciados por el feminismo. *The Fabrication of Labor (La fabricación del trabajo, 1995)*, traza la divergencia de los regímenes fabriles en las industrias textiles de la Alemania y la Inglaterra del siglo XIX a diferentes concepciones del trabajo. *Between Craft and Class (Entre el oficio y la clase, 1988)*, de Jeffrey Haydu, compara a trabajadores metalúrgicos en Inglaterra y los Estados Unidos durante la Primera Guerra. *Work and Democracy in Socialist Cuba (Trabajo y Democracia en la Cuba Socialista, 1992)*, de Linda Fuller, explora la transformación de las políticas de producción cubanas durante la década de 1970 cuando la descentralización industrial fue acompañada por una mayor participación democrática. Más adelante, en 1999, la autora retoma el mismo marco de políticas fabriles para examinar el silencio de la clase trabajadora en la Alemania Oriental en transición al capitalismo. Una historia muy diferente puede encontrarse en *Transition from Below (Transición desde abajo, 2003)* de Karl Von Holt, quien se focaliza en las microdinámicas de las políticas de las plantas fabriles en la industria metalúrgica sudafricana. Aquí

las políticas fabriles estuvieron en el centro de las luchas contra el *apartheid*, pero dieron lugar a un muy frágil régimen laboral post-apartheid. Finalmente, en *Boss (Jefe, 1992)*, de Gwo-Shyong, Islandia lleva la idea de política de producción en una dirección muy diferente al examinar las redes de domesticación de la manufactura en Taiwán.

Cada uno de estos estudios —y esta es una lista muy parcial armada en gran medida en base a libros derivados de doctorados de Berkeley— refleja alguna característica sobresaliente o tendencia en el mundo. A veces, sin embargo, la sociología se vuelca deliberadamente a contracorriente, o toma alguna tendencia aberrante. Se puede argumentar que son los intereses resurgentes en la conexión entre régimen de producción y movimiento obrero. En este ámbito, encontramos la síntesis de la teoría de los movimientos sociales y la de procesos laborales según el ya mencionado estudio de Fantasia (*Cultures of Solidarity, 1988*) sobre movilizaciones colectivas o en el *racconto* histórico del apogeo y la caída de los Caballeros de la Clase Obrera que hace Kim Voss (*The Making of American Exceptionalism, 1993*) o en el libro que escribieron juntos (Fantasia y Voss, 2004) sobre el posible resurgimiento de los movimientos obreros en los Estados Unidos.

Con el foco puesto en la organización contemporánea del trabajo, *Success While Others Fail (El éxito mientras otros fracasan, 1994)* de Paul Johnston explica cómo la sindicalización del sector de servicios públicos consiguió su mayores logros —al explotar intereses comunes a los trabajadores y los clientes. Más recientemente, *No There There (Allí no hay allí, 2004)*, de Chris Romberg y *Reorganizing the Rust Belt (Reorganizando el cinturón de óxido, 2004)*, de Steve Lopez examinan áreas geográficas específicas (Oakland, California y Pittsburgh, Pennsylvania) para demostrar la importancia de las políticas municipales y estatales para el éxito de los movimientos obreros. *With God on Our Side (Con Dios de nuestro lado, 2012)* de Adam Reich, muestra cuán intrincados pueden ser los movimientos sindicales, diseccionando las luchas internas de los sindicatos y entre diferentes sindicatos y

empleadores en un análisis del aspecto cultural de una campaña para organizar los hospitales católicos de California.

The Next Upsurge (El próximo levantamiento, 2003), de Dan Clawson, captura el redireccionamiento de la AFL-CIO hacia la organización de estrategias y las técnicas innovadoras de uno o dos sindicatos como el Sindicato Internacional de Empleados de Servicios (SEIU, por sus siglas en inglés) o el de Empleados de Hoteles y Restaurantes (HERE, por sus siglas en inglés) y osa predecir el renacimiento de lo que él llama sindicalismo de movimiento social —la fusión de los trabajadores con otros movimientos sociales. Ruth Milkman (2000) elaboró una colección de estudios que se preguntan por qué una gran parte de la expansión dinámica de California en la organización de sindicatos ha llegado de la mano de trabajadores inmigrantes, de los que hasta ahora se pensaba que no eran organizables. Siguió su investigación con *L.A. Story* (Historia de Los Ángeles, 2006), un análisis del éxito diferencial de esfuerzos para organizar a trabajadores inmigrantes en Los Ángeles. Al dejar de lado a los trabajadores industriales nacidos en el país, el impulso de la organización ha migrado a los trabajadores marginales, centrándose en nuevas estrategias de política simbólica. Jennifer Chun (2009) muestra cómo esto sucede no sólo en los Estados Unidos sino también en Corea del Sur.

A pesar de estos hechos positivos, a pesar de las tácticas innovadoras que esquivan la ley, a pesar de notables victorias contra empleadores recalcitrantes, como *United Parcel Service*, a pesar de la sindicalización de nuevas ocupaciones, a pesar de la reasignación de recursos centrales hacia la organización de campañas; a pesar de todo esto, el ingreso de nuevos miembros no alcanza al nivel de pérdida de viejos miembros. El declive generalizado del sindicalismo estadounidense es implacable.

Las perspectivas de las organizaciones de trabajadores son más esperanzadoras en otras partes del mundo. Gay Seidman (1994) identifica las nuevas sociedades industrializadas como el lugar del nuevo sindicalismo. En *Manufacturing Militance* (Fabricando Militancia) muestra una convergencia

inesperada en movimientos obreros de Brasil y Sudáfrica, originados en conexiones cercanas entre trabajadores y comunidades por un lado, y relaciones divididas entre Estado y capital por el otro, relaciones que se vieron excesivamente determinadas por el ritmo de industrialización en el sistema mundial. En su reciente libro, *Forces of Labor* (Las fuerzas laborales, 2003), Beverly Silver da a esta perspectiva de sistemas mundiales un enfoque comparativo abarcando un período histórico más extenso, argumentando que el trasplante global de la industria trae aparejadas nuevas rondas de luchas de clases y organizaciones de clases. Ella apunta de forma optimista al próximo levantamiento en luchas laborales en China. Pun Ngai (2005) ofrece un panorama más pesimista del orden despótico de los regímenes fabriles chinos.

Beverly Silver (2003) hace la importante distinción entre luchas de tipo marxista basadas en el nivel de influencia de los trabajadores para resistir la explotación y las luchas de tipo polanyistas basadas en su poder de asociación para resistir la comoditización. Sugiere que una marea de cambios de luchas por la explotación a luchas por la comoditización inaugurarán una nueva era de movilización transnacional. Ching Kwan Lee (2007) hace la misma distinción, descubriendo luchas del tipo polanyistas en el viejo cinturón industrial del Norte chino y luchas de tipo marxista en el cinturón del sol del Sur del país. Hwa-Jen Liu (2006) ha desarrollado estas ideas para explicar porqué las luchas medioambientales han sido más importantes en Taiwán mientras que las luchas laborales han sido más importantes en Corea del Sur. ¡Donde sea que estas sucedan, los especialistas laborales están siempre buscando escenarios optimistas en un mundo desalentador!

■ Del Capitalismo al Capitalismo vía Socialismo: más allá de *Manufacturing Consent*

Yo también he buscado contextos optimistas, pero sólo para verlos hacerse añicos en las rocas del capitalismo renaciente. Déjenme

esbozar mi trayectoria durante estos últimos 30 años. Una de las críticas a *Manufacturing Consent* que me tomó muy en serio fue el ataque de que yo había descripto la lógica del industrialismo y no la del capitalismo. Cumplir con este desafío requeriría comparar la producción capitalista con la no capitalista. Pero, ¿qué producción no capitalista? Estimé necesario estudiar el trabajo en las sociedades soviéticas. Durante un largo tiempo había pensado que el talón de Aquiles del marxismo era el “socialismo realmente existente” y el hecho de que los marxistas ignoran su peculiaridad a su propio riesgo. Era deshonesto simplemente descartar a la Unión Soviética como una forma de capitalismo estatal (o un estado obrero degenerado) y luego proyectar el socialismo “real” como una utopía no estudiada e idealizada que partía de las horrendas realidades del capitalismo. Esto no era más aceptable que lanzar ataques a la Unión Soviética al comparar su brutalidad e ineficacia con las idealizaciones del capitalismo planteadas por sus apologetas e ideólogos. Estas falsas comparaciones de la idealización de una sociedad y la realidad de la otra debían ser reemplazadas con comparaciones de tipo ideal con tipo ideal, realidad con realidad. Lo mejor en este caso hubiera sido una comparación de las relaciones entre ideal y realidad en los dos mundos.

Comencé a indagar qué podía encontrar en la bibliografía sobre las fábricas soviéticas. El material era escaso, siendo generoso —la producción soviética estaba fuera del alcance de un análisis sociológico serio. El destino, sin embargo, dictó (una vez más) que descubriera *A Worker in a Worker's State (Un obrero en un Estado obrero, 1977)*, de Miklos Haraszti, un relato autobiográfico de sus experiencias en una fábrica de trabajo por piezas, ¡muy similar a la división motores de Allis! De hecho, la empresa Red Star Tractor Factory era el análogo húngaro directo a Allis Chalmers en los Estados Unidos. Ambas producían equipos para la agricultura y ambas estaban enfrentando una crisis financiera. Más aún, la planta que Haraszti describió que tenía la misma disposición de taladros, trituradoras, y tornos, etc., y, como en Allis, a los obreros se les pagaba un monto individual por piezas.

Pero existían, claro está, diferencias. Por un lado, Haraszti estaba haciendo lo imposible —jaccionando dos máquinas al mismo tiempo! No lo podía creer. Y esto sucedía en un país donde se decía que el único derecho que los obreros habían mantenido era el derecho a no trabajar duramente. Por supuesto, el régimen húngaro de producción también era completamente diferente en términos de Partido, con la gerencia y el sindicato colaborando en la organización de lo que di en llamar un despotismo burocrático. Este régimen tenía más en común con los despotismos de mercado del primer capitalismo o los despotismos coloniales que había estudiado en Zambia y Sudáfrica que con los regímenes hegemónicos del capitalismo avanzado. Elaboré estos diferentes regímenes en *The Politics of Production (La política de la producción, 1985)*, dictando sentencias bastante fuertes sobre la forma en la que el régimen de producción dio forma a la lucha de clases. Si el Estado, la sociedad civil y el mercado eran importantes para la lucha de clases, sostuve, entonces dichos efectos estaban mediados por el régimen de producción que determinaban.

Después de leer *A Worker in a Worker's State (Un obrero en un Estado obrero, 1977)*, escribí mi primer artículo sobre el socialismo de estado en 1979, comparando el despotismo burocrático con la hegemonía del mercado, argumentando que esta última fomentaba la hostilidad de clase contra el estado del partido —como en la revuelta de Alemania Oriental en 1953, las revueltas húngara y polaca de 1956, y la parcialmente acallada oposición obrera en la primavera de Praga en 1968 (Burawoy, 1980). Esta hipótesis fue sorprendentemente corroborada por el movimiento Solidaridad Polaca de 1980-81. Inspirado por este movimiento de la clase obrera de dimensiones societarias, conscientemente apuntando a una revolución auto-limitada, comencé a prepararme para investigar en Polonia. Pero llegué tarde. Jaruzleski organizó su golpe militar antes de que pudiera hacer las valijas. Entonces, en lugar de ello, con ayuda de Ivan Szelenyi, viré hacia Hungría, que estaba pasando por su propia revolución subrepticia. Entonces, por un período de 7 años, entre 1982 y 1989, trabajé en diversas

fábricas húngaras –una de champagne, una cooperativa textil, un taller de máquinas y mi sueño mayor, la famosa Lenin Steel Works de Miskolc.

Desde la perspectiva de la política de la producción, indagué sobre por qué la primera revolución genuina de la clase trabajadora en la historia había sido contra el socialismo de estado y no contra el capitalismo, y por qué en Polonia y no en Hungría. Argumenté que el proceso obrero socialista más que el capitalista era el arquetipo de la especialización flexible, dándole considerable autonomía a los trabajadores, mientras que el régimen de producción llevó al Estado-Partido directa y opresivamente a la planta fabril. Usé la pintura del socialismo como una metáfora para describir la experiencia de la clase obrera en el socialismo. Esto derivó de un divertido incidente con mi grupo de trabajo adoptivo –La Brigada Socialista Revolución de Octubre. El Primer Ministro iba a visitarnos, y se nos requirió realizar horas extras no remuneradas para pintar nuestra mugrosa planta de amarillo brillante. Yo sólo pude encontrar un pincel con pintura negra, así que comencé a pintar nuestras palas de negro. El supervisor llegó enseguida, exigiéndome saber qué cuernos estaba haciendo. Con toda la inocencia que pude juntar respondí dócilmente: “Estoy construyendo socialismo”. Hubo un ansioso silencio en la brigada hasta que mi astuto compañero, ET, dijo “¡Misi, Misi, no estás construyendo socialismo, estás pintando socialismo! ¡Y lo veo muy negro!” Toda la brigada se descompuso de risa, tentados.

Entonces, expandí la idea de ET: los rituales del socialismo organizados por el Estado-Partido nos llamaban a pintar el socialismo en los colores de la eficacia, la igualdad y la justicia, y al hacerlo sólo llamaban la atención sobre cuán ineficiente, injusto y desigual era. El socialismo de Estado era un juego en el cual las pretensiones se hacían realidad, construyendo disenso. Por lo tanto, concluí que la conciencia de clase socialista sí surgió de la producción – una crítica inmanente al socialismo de Estado por haber fallado en cumplir su propia ideología como estado obrero. El Estado-Partido sembró las semillas de su propia transformación. La

única pregunta era sobre la dirección de dicha transformación ¿socialismo democrático o capitalismo de mercado? Esperanzado contra todos los pronósticos que la insurgencia de los consejos obreros –una repetición de 1956– y los empleados convertidos en propietarios ganarían la batalla, incluso de forma tan tardía como en 1989, opté por el socialismo democrático.

The Radiant Past, (*El Pasado Radiante*), escrito con János Lukács, resume nuestra década de investigación industrial en Hungría. El libro apareció en 1992, tres años después de la caída del socialismo de Estado. Argumentamos que si el comunismo tenía que haber sido “el futuro radiante”, era ahora “el pasado radiante”. Apilando ironía sobre ironía, establecimos además que, entonces, para mis compañeros trabajadores, el pasado aparecería, radiante como los mercados capitalistas que destruirían el corazón industrial de Hungría como lo habían hecho anteriormente en Chicago y en otras partes. János y yo volvimos en 1999, diez años después de la caída del comunismo, a entrevistar a mis compañeros trabajadores de la Brigada Socialista Revolución de Octubre. Incluso si el número de empleados se había reducido de 15.000 a unos 3.000, estos estaban entre los pocos afortunados que aún tenían sus trabajos. Sin embargo, ya no eran los orgullosos obreros que conocí, sino el descarte desmoralizado de un capitalismo sin perdón.

Había llegado a Hungría a estudiar las posibilidades del socialismo democrático pero luego me vi envuelto en la transición al capitalismo de mercado. Entonces despegué rumbo a la Unión Soviética a principios de 1991, tan pronto como la *glasnost* y la *perestroika* hicieron que la investigación etnográfica fuera viable. ¡Esos fueron tiempos emocionantes y de gran expectativa! En esa Moscú gélida del invierno de 1991, Kathy Hendley, por aquel entonces una estudiante de postgrado de Berkeley en ciencia política, y yo, estudiamos una famosa planta de goma, Kauchuk, en el corazón de la ciudad (Burawoy y Hendley, 1992). ¡Qué calabozo! ¡Qué condiciones de trabajo más atroces! Más inesperado fue, sin embargo, el hecho de encontrarnos frente a una verdadera guerra civil, no entre los trabajadores y la gerencia

sino entre los gerentes mismos. Allí fuimos testigos, de forma intensificada, de una guerra que estaba teniendo lugar en gran parte de la Unión Soviética entre los defensores del mercado y los planificadores, los jóvenes turcos y la guardia vieja, aquellos que querían liberarse del Estado-Partido y aquellos que buscaban sostener sus estructuras colapsadas.

Luego de dos meses en Kauchuck migré al Norte hacia Syktyvkar, la capital de la República Komi, donde obtuve un trabajo como operador de una máquina en una fábrica de muebles. Allí en la periferia, las oleadas políticas del centro eran más apacibles, aunque sus efectos eran sin embargo discernibles. Ya entonces, en la primavera de 1991, Pavel Krotov, mi colaborador, y yo pudimos rastrear los linajes del orden de mercado que estaba surgiendo de las entrañas del desintegrado orden soviético (Burawoy y Krotov, 1992). Estuve allí entre marzo y junio de 1991. En agosto tuvo lugar la fallida insurrección de la vieja guardia, y para diciembre, la Unión Soviética era historia.

Sin otro lugar a donde ir, continué mi investigación en Rusia, en la República Komi, observé cómo la planificación transmutaba en mercados con características soviéticas —una combinación bizarra de dinero y trueque. Aquellos que controlaban la esfera del intercambio, ya fueran oligarcas o financistas, mafia o mercaderes, se convirtieron en la nueva clase que surgió del pantano en el que se hundió el resto de la sociedad. Describí la situación como una involución económica en la cual los recursos eran extraídos de la producción industrial y volcados a la esfera del intercambio improductivo, el consumo y la riqueza personal. El destino de la clase obrera estaba gobernado por su acceso a los trabajos que pagaran salarios reales, que rápidamente escaseaban y, de fallar esa opción, el acceso a su sustento. En este mundo de desindustrialización galopante, los hombres se volvieron superfluos, una carga para el hogar más que su vital ganador del pan. Las mujeres asumieron la defensa de la sociedad.

Uno se pregunta: ¿cuán diferentes son los *ghettos* de la zona Sur de Chicago que de las ruinas industriales de la Rusia post-soviética? ¿Cuán diferentes son los oligarcas rusos,

quienes saquearon la economía post-soviética, de las estafas corporativas de Tyco y Enron? Sólo la escala diferencia a las estafas de las privatizaciones de los 90 de las de Kozlowski, el Director Ejecutivo de Tyco —el conglomerado propietario de las viejas instalaciones de mi vieja fábrica en Chicago— enjuiciado por defraudar a los accionistas y empleados por sólo cientos de millones de dólares.

■ De Marx a Polanyi : abandonando *Manufacturing Consent*

Donde sea que me llevaba mi viaje etnográfico, dejaba detrás de mí una línea de destrucción. Ni bien dejé el cinturón de cobre en Zambia —el lugar de mi primera investigación industrial en 1968-72—, el precio del cobre se hundió y con él la economía y la sociedad de Zambia (Ferguson, 1999). Después de mi partida de Allis Chalmers en 1975, como ya he descrito, la zona metropolitana al Sur de Chicago mutó de núcleo industrial a páramo. En 1989, después de mi período final de trabajo de campo en Hungría, sólo 7 años después de haberse instaurado, el socialismo de estado se desintegraba y la economía industrial de Hungría siguió el camino de rápida decadencia de Chicago. Mi momento de trabajo fabril en la Unión Soviética a comienzos de 1991 se vio rápidamente seguido de un golpe fallido de la línea dura del comunismo, y para fines de ese año el orden soviético había colapsado. Lo que siguió fue un declive económico nunca antes visto en tiempos de paz. Mientras algunos me encontraban culpable de todas estas catástrofes, en realidad este era un tsunami del mercado que comenzó en la década de 1970 y que devastó la economía a nivel global.

Mi tardío reconocimiento del poder de los mercados me llevó a un cambio de orientación, pasando de la producción al intercambio, y de la explotación a la comoditización. Durante la década de 1990 observé como desaparecían los trabajos industriales en Rusia —con un par de excepciones como la construcción— bajo el encanto del intercambio, de pequeñas transacciones al trueque, protección mafiosa, los bancos y las finanzas. En este momento,

recurrí a *The Great Transformation (La Gran Transformación, 1944)*, de Karl Polanyi, para comprender la devastación generada por la transición al mercado.

Muchos han tomado a Polanyi para argumentar que no puede haber un camino de mercado al capitalismo de mercado, que los mercados requieren de instituciones políticas y sociales para generar desarrollo económico. Esto explica porqué la transición al mercado fue tanto más exitosa en China donde el Estado-Partido mantuvo su hegemonía que en Rusia donde la destrucción gratuita del sistema estatal de planificación llevó a la involución económica. Otros han tomado a Polanyi para especular sobre la inevitabilidad de un contra-movimiento a la rápida expansión del mercado. Esta segunda lectura dinámica reemplaza a la primera apropiación, estática y funcionalista, de las ideas de Polanyi. He elegido una reconstrucción más radical de la historia del capitalismo de Polanyi que se enfoca en su noción poco desarrollada de "commodity ficticia" (Burawoy, 2010).

En esta tercera lectura, el problema subyacente es la falla de Polanyi en anticipar otra ola de fundamentalismo de mercado. Él asumió que la humanidad nunca volvería a permitir un experimento tan desastroso, pero se equivocaba. Comenzando en 1973 con la crisis del petróleo, el mundo ha experimentado una tercera ola de fundamentalismo del mercado. La negativa de Polanyi a darle lugar a otra oleada de fundamentalismo de mercado está construida junto a su visión de una única expansión del mercado seguida de un único contra-movimiento. Un examen detallado de su análisis señala dos oleadas. La primera fue la que describió para la revolución industrial inglesa, comenzando a fines del siglo XVIII con el ataque al sistema Speenhamland de trabajo regulado, finalizando con la Nueva Ley de Pobreza de 1834, sobre la cual los obreros contrarrestaron durante los siglos XIX y comienzos del XX con el movimiento fabril, las cooperativas, combinaciones, organizaciones voluntarias y partidos políticos. Después de la Segunda Guerra, el fundamentalismo de mercado despegó nuevamente, esta vez focalizado en el comercio mundial y un tipo de cambio

rígido. Si la reacción del siglo XIX tomó la forma de respuestas locales avanzando a nivel nacional, en el siglo XX la reacción asumió formas nacionales de regulación –fascismo, estalinismo, socialdemocracia, *New Deal*, etc.– escalando al nivel global con Bretton Woods, el GATT, la OMC, el FMI y el Banco Mundial. Durante el último cuarto del siglo XX y en los albores del XXI, las fuerzas del mercado han estado en ascenso nuevamente, rompiendo las regulaciones que protegen a los trabajadores y al dinero, llevando a su recomoditización pero también a la comoditización de la naturaleza (tierra, agua y aire), y algo que Polanyi no anticipó, la comoditización del conocimiento.

Hoy, somos testigos de contra-movimientos a nivel local y nacional, pero para ser eficaces en regular el capital financiero y contener la destrucción del medio ambiente deberán asumir una escala global. Pero, ¿cómo puede construirse dicho contra-movimiento? Están aquellos que depositan sus esperanzas en el movimiento de los trabajadores, que trasciende las fronteras, pero los signos de esto son pocos y aislados. Más probable es una coalición de fuerzas que estén basadas no tanto en la producción y la explotación (que se está convirtiendo en un privilegio en el mundo moderno), sino en la experiencia del mercado y la comoditización. Los estudios laborales, por lo tanto, deberán aventurarse fuera del terreno de la producción y vincularse con la comoditización de la naturaleza a través de la desposesión, del dinero a través de la deuda, y del conocimiento a través del credencialismo.

Mientras escribo, los movimientos *occupy* parecen haber tenido un atisbo de esta visión. Basados en una precarización creciente, ellos mismos, productos de la comoditización del conocimiento, especialmente en la universidad, ayudados e incitados por la creciente clase obrera (des)organizada (comoditización de la mano de obra), y agitados por explosiones espontáneas de los desposeídos (comoditización de la tierra), los movimientos *occupy* desafían al despotismo del capital financiero. La insistencia en democracia directa es una refutación simbólica de la democracia representativa, incapaz de regular el capital en pos del interés público, sea como fuera definido. La

reconstrucción de *The Great Transformation* (*La Gran Transformación*) nos permite localizar la importancia del trabajo con la del

dinero, la naturaleza y el conocimiento en la expansión y repudio al capitalismo del siglo XXI.

■ Bibliografía

- Los DOI son agregados automáticamente a las referencias por Bilbo, la herramienta de anotación bibliográfica de *OpenEdition*. Los usuarios de instituciones que están abonadas a uno de los programas freemium de *OpenEdition* pueden descargar las referencias bibliográficas por las cuales Bilbo encontró un DOI.
- Biernacki, Richard. 1995. "The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640-1914. Berkeley" University of California Press.
- Blum, Linda. 1991. *Between Feminism and Labor*. Berkeley: University of California Press.
- Burawoy, Michael. 1979. *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process Under Monopoly Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Burawoy, Michael. 1980. "The Politics of Production and the Production of Politics: A Comparative Analysis of Piecework Machine Shops in Hungary and the United States." *Political Power and Social Theory*, 1:259-97.
- Burawoy, Michael. 1985. *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism*. London: Verso.
- Burawoy, Michael. 2009. *The Extended Case Method: Four Countries, Four Decades, Four Great Transformations, and One Theoretical Tradition*. Berkeley: University of California Press.
- Burawoy, Michael. 2010. "From Polanyi to Pollyanna: The False Optimism of Global Labor Studies." *Global Labour Journal* 1(2): 301-313.
- Burawoy, Michael and Kathryn Hendley. 1992. "Between Perestroika and Privatization: Divided Strategies and Political Crisis in a Soviet Enterprise." *Soviet Studies* 44(3): 371-402
- Burawoy, Michael and Pavel Krotov. 1992. "The Soviet Transition from Socialism to Capitalism: Worker Control and Economic Bargaining in the Wood Industry." *American Sociological Review* 57(1): 16-38.
- Burawoy, Michael and János Lukács. 1992. *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Burawoy, Michael et al. 1991. *Ethnography Unbound*. Berkeley: University of California Press.
- Burawoy, Michael et al. 2000. *Global Ethnography: Forces, Connections and Imaginations in a Postmodern World*. Berkeley: University of California Press.
- Chun, Jennifer. 2009. *Organizing at the Margins: The Symbolic Politics of Labor in South Korea and the United States*. Ithaca: Cornell University Press.
- Clawson, Dan. 2003. *The Next Upsurge*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Farber, Henry, and Bruce Western. 2001. "Accounting for the Decline of Unions in the Private Sector, 1973-1998." *Journal of Labor Research* 22(3): 459-485.
- Farber, Henry, and Bruce Western. 2002. "Ronald Reagan and the Politics of Declining Union Organization." *British Journal of Industrial Relations* 40(3): 385-401.
- Fantasia, Rick. 1988. *Cultures of Solidarity*. Berkeley: University of California Press.
- Fantasia, Rick and Kim Voss. 2004. *Hard Work: Remaking the American Labor Movement*. Berkeley: University of California Press.
- Ferguson, James. 1999. *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*. Berkeley: University of California Press.
- Freeland, Robert. 2001. *The Struggle for Control of the Large Corporation: Organizational Change at General Motors, 1924-1970*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Freeman, Richard. 1988. "Contraction and Expansion: The Divergence of Private Sector and

- Public Sector Unionism in the United States." *Journal of Economic Perspectives* 2(2): 63-88. DOI: 10.1257/jep.2.2.63
- Fuller, Linda. 1992. *Work and Democracy in Socialist Cuba*. Philadelphia: Temple University Press.
- Fuller, Linda. 1999. *Where was the Working Class?: Revolution in East Germany*. Urbana: University of Illinois Press.
- Gottfried, Heidi, Robin Leidner, Steven Vallas, Jennifer Pierce, Robert Freeland, Gay Seidman, Leslie Salzinger, and Michael Burawoy. 2001. "A Continuities Symposium on 'Manufacturing Consent'." *Contemporary Sociology* 30(5): 435-58.
- Haraszti, Miklos. 1977. *A Worker in a Worker's State*. Harmondsworth, England: Penguin Books.
- Harrison, Bennett. 1994. *Lean and Mean: The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility*. New York: Basic Books.
- Haydu, Jeffrey. 1988. *Between Craft and Class: Skilled Workers and Factory Politics in the United States and Britain, 1890-1922*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild, Arlie. 1983. *The Managed Heart*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild, Arlie. 1989. *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*. New York: Viking Books.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 2001. *Doméstica*. Berkeley: University of California Press.
- Johnston, Paul. 1994. *Success While Others Fail: Social Movement Unionism and the Public Workplace*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Kornblum, William. 1974. *Blue Collar Community*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lan, Pei-Chia. 2006. *Global Cinderellas: Migrant Domestic Workers and Newly Rich Employers in Taiwan*. Durham, NC: Duke University Press.
- Lee, Ching Kwan. 1998. *Gender and The South China Miracle*. Berkeley: University of California Press.
- Lee, Ching Kwan. 2007. *Against the Law: Labor Protests in China's Rustbelt and Sunbelt*. Berkeley: University of California Press.
- Leidner, Robin. 1993. *Fast Food, Fast Talk: Service Work and the Routinization of Everyday Life*. Berkeley: University of California Press.
- Liu, Hwa-Jen. 2006. *Red And Green: Labor And Environmental Movements In Taiwan and South Korea*. PhD Dissertation, University of California, Berkeley.
- Lopez, Steven. 2004. *Reorganizing the Rust Belt*. Berkeley: University of California Press.
- McCartin, Joseph. 2011. *Collision Course: Ronald Reagan, the Air Traffic Controllers, and the Strike that Changed America*. New York: Oxford University Press.
- Milkman, Ruth. 1987. *Gender at Work: The Dynamics of Job Segregation by Sex During World War II*. Urbana: University of Illinois Press.
- Milkman, Ruth. (ed.) 2000. *Organizing Immigrants: The Challenge for Unions in Contemporary California*. Ithaca, N.Y.: ILR Press.
- Milkman, Ruth. 2006. *L.A. Story: Immigrant Workers and the Future of the U.S. Labor Movement*. New York: Russell Sage Foundation.
- Ngai, Pun. 2005. *Made in China: Women Factory Workers in a Global Workplace*. Durham, NC: Duke University Press.
- Parreñas, Rhacel. 2001. *Servants of Globalization: Women, Migration, and Domestic Work*. Stanford: Stanford University Press.
- Piore, Michael and Charles Sabel. 1984. *The Second Industrial Divide*. New York: Basic Books.
- Polanyi, Karl. 1944. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. New York: Farrar & Rinehart.
- Ray, Raka and Seemin Qayum. 2009. *Cultures of Servitude: Modernity, Domesticity and Class in India*. Stanford: Stanford University Press.
- Reich, Adam. 2012. *With God on Our Side*. Ithaca: Cornell University Press.
- Rhomberg, Chris. 2004. *No There There: Race, Class and Political Community in Oakland*. Berkeley: University of California Press.
- Rollins, Judith. 1985. *Between Women: Domestic Workers and Their Employers*. Philadelphia: Temple University Press.
- Roy, Donald, Jean-Pierre Briand and Jean-Michel Chapoulie. 2006. *Un sociologue à l'usine: textes essentiels pour la sociologie du travail*. Paris : La Découverte
- Salzinger, Leslie. 2003. *Genders in Production*. Berkeley: University of California Press.
- Sallaz, Jeffrey. 2009. *The Labor of Luck. Casino Capitalism in the United States and South Africa*. Berkeley: University of California Press.
- Seidman, Gay. 1994. *Manufacturing Militance: Workers' Movements in Brazil and South Africa, 1970-1985*. Berkeley: University of California Press.
- Sherman, Rachel. 2007. *Class Acts: Service and Inequality in Luxury Hotels*. Berkeley: University of California Press.
- Shieh, Gwo-shyong. 1992. "Boss" Island: The Subcontracting Network and

- Micro-Entrepreneurship in Taiwan's Development. New York: Peter Lang.
- Silver, Beverly. 2003. *Forces of Labor: Workers' Movements and Globalization since 1870*. New York: Cambridge University Press.
- Smith, Vicki. 1990. *Managing in the Corporate Interest*. Berkeley: University of California Press.
- Solari, Cinzia. 2010 *Exile vs. Exodus: Nationalism and Gendered Migration from Ukraine to Italy and California*. PhD Dissertation, University of California, Berkeley.
- Venkatesh, Sudhir. 2000. *American Project: The Rise and Fall of a Modern Ghetto*. Cambridge: Harvard University Press.
- Von Holdt, Karl. 2003. *Transition from Below: Forging Trade Unionism and Workplace Change in South Africa*. Durban: University of Natal Press.
- Voss, Kim. 1993. *The Making of American Exceptionalism: The Knights of Labor and Class Formation in the Nineteenth Century*. Ithaca: Cornell University Press.
- Zetka, James. 1994. *Militancy, Market Dynamics, and Workplace Authority: The Struggle over Labor Process Outcomes in the U.S. Automobile Industry, 1946-1973*. Albany, NY. State University of New York Press.